

Frances Calderón de la Barca, *La corte de Isabel II y la revolución de 1854 en Madrid*, ed., pról. y notas por Raúl Figueroa Esquer (Ciudad de México, Bonilla Artigas Editores, 2023), cxxii-320 pp.*

RECEPCIÓN: 7 de junio de 2023.

APROBACIÓN: 1º de agosto de 2023.

DOI: 10.5347/01856383.0147.000311224

Quiero agradecerle a mi colega y amigo Raúl Figueroa Esquer por haberme invitado a esta presentación que para mí no es sino el pretexto para celebrar con alegría la obra de dos escritores talentosos: el trabajo de revisión, cotejo, edición y prólogo que hizo de estas crónicas de Madame Calderón de la Barca, *La corte de Isabel II y la revolución de 1854 en Madrid*, que Bonilla Artigas Editores tuvo el coraje de publicar.

Y digo dos escritores talentosos, porque no exagero al afirmar que este libro de Calderón de la Barca no se entendería sin la participación de un investigador de la talla de Raúl Figueroa Esquer, quien nació casi dos siglos después. Y es que la larga y fructífera trayectoria de Raúl como estudioso del siglo XIX, y específicamente de las relaciones entre España y México, parece haber encontrado, al fin, a su lector excepcional: un historiador apasionado, dedicado y curioso, que en pleno siglo XXI le abre una nueva puerta a esta cronista magistral para refrescarla, actualizarla y comprenderla mejor.

No dedicaré mi breve intervención a hablar sobre las características y aportaciones de la obra de Madame Calderón, porque sería presuntuoso de mi parte después de leer la edición crítica de Figueroa Esquer. Tenemos al autor presente, en carne y hueso, para que abunde sobre ella. Lo que quiero afirmar es que el libro que nos convoca hoy es, sin duda, una de las obras más sofisticadas que haya tenido en mis manos en la última década.

Se trata de una investigación exhaustiva, de larguísimo aliento, que llevó a Figueroa Esquer a cotejar las ediciones previas de estas crónicas de Madame

* Texto leído durante la presentación del libro en la Academia Mexicana de Historia, el 30 de mayo de 2023.

Calderón de la Barca, tanto en inglés como en español. Realizó una minuciosa búsqueda y recopilación de fuentes para situar la obra y a su autora en su contexto, y corrigió los errores cometidos en las primeras impresiones.

Quienes nos dedicamos a la investigación académica sabemos que trabajar con estos textos es una labor detallada y lenta, que implica recopilar datos, nombres, fechas, anécdotas, a veces relevantes y a veces insignificantes, tomadas de diversas fuentes y archivos. Nuestro oficio se asemeja al del pescador: lanzamos el anzuelo o la red una y mil veces, en pleno mar abierto, y con paciencia esperamos algún resultado. Después, jalamos el anzuelo o la red para analizar lo que recogimos, seleccionar el producto, tirar parte de la pesca, cortar en filetes, refrigerar y tratar de vender lo recolectado. El objetivo de este arduo y solitario trabajo suele ser completar un rompecabezas o abrir un refugio seguro para el lector, que le aporte y le dé sentido a lo que cosechamos con esfuerzo.

En el extenso prólogo, Figueroa Esquer profundiza en las tres esferas esenciales que menciona León Edel, experto en biografías, quien, en su libro *Vidas ajenas. Principia Biographica*,¹ escribe: “ningún hombre es una isla en sí mismo”, por lo que —añade— ningún trabajo de esta naturaleza puede retratar a su personaje a menos “que muestre al individuo dentro de la historia, dentro de un entorno y [en] un complejo social”.

Figueroa Esquer logra captar de manera magistral la esencia de Fanny Calderón de la Barca al narrar meticulosamente los detalles de su vida, desde su nacimiento hasta su muerte, y traza el curso de su trayectoria entrelazando las historias de otros personajes fundamentales en sus relaciones, afectos e intereses durante su estancia en Madrid. Pero su prólogo no solo cumple con creces las metas del historiador, porque, de forma muy sabrosa, el académico se transforma poco a poco ante los ojos del lector. Inicialmente, Figueroa Esquer presenta su trabajo como un estudio que enmarca a la autora y la sitúa en el contexto de su época, abundando en referencias y notas a pie de página. Sin embargo, el prologuista gradualmente le cede la pluma al cronista, al narrador, incluso al novelista, y convierte su escritura en un relato ameno.

Aunque Raúl nunca sacrifica el rigor, la objetividad y la precisión que siempre lo han caracterizado, en este estudio preliminar se permite tejer las diversas historias que conforman la vida y la obra de la autora analizada. Después de un proceso de acumulación y descarte de datos, el trabajo de Figueroa Esquer culmina con la presentación de esta edición crítica.

¹ León Edel, *Vidas ajenas. Principia Biographica* (Ciudad de México: FCE, 1990).

Además de explorar la vida de Fanny y su familia, así como la de su esposo, el diplomático Ángel Calderón de la Barca, Raúl examina el convulso contexto político y diplomático de la España de la época. Incluso nos proporciona una breve historia sobre la recepción que, a lo largo de más de un siglo, tuvo esta obra de Madame Calderón de la Barca, así como un índice onomástico de los personajes citados, algunos de ellos ocultos o tachados deliberadamente por la autora por cuestiones políticas, y que Raúl descifró.

Y es que sabe que, para comprender plenamente a un individuo en toda su complejidad, el historiador debe situar a la escritora en su contexto, en su entorno social y político, y analizarla con sus orígenes y tradiciones. Desde esta perspectiva, el prólogo de Figueroa Esquer se convierte en una suerte de biografía documental de Fanny Calderón de la Barca y su mundo para causar al lector una doble satisfacción: presenciamos la organización de una vida antes caótica y, a la vez, disfrutamos de un selecto archivo en miniatura, descifrado, organizado, pulido y ensamblado cuidadosamente por el historiador, para nuestro propio beneficio.

Debo confesar que, aunque no estoy especializada en el siglo XIX ni en las crónicas de viaje de la época, durante mis años de estudiante fui una asidua lectora de las novelas decimonónicas escritas por mujeres, quienes, al igual que Madame Calderón de la Barca, ocultaron su nombre o utilizaron seudónimos para que sus obras pudieran publicarse. Me refiero, por ejemplo, a Mary Ann Evans, cuyo seudónimo era George Eliot; a Louisa May Alcott, que firmaba como A. M. Barnard, a Aurore Lucile Dupin de Dudevant, que firmaba como George Sand, o a las famosas hermanas Brönte, quienes en sus primeros trabajos utilizaron nombres de varones (Currer, Ellis y Acton Bell). No parecía haber mayores opciones para las escritoras.

Comparto la visión de Greg Buzwell, curador de los archivos sobre literatura contemporánea en la British Library y especialista en las barreras que enfrentaron las autoras en los siglos XVIII y XIX para publicar su obra: el anonimato o la falta de atribución autoral de las mujeres respondía a diversos motivos, como escapar de represalias por escribir sobre temas polémicos, eludir prejuicios e incrementar las posibilidades de publicación, evadir las críticas o el rechazo de sus familiares o de su comunidad, o bien, para proteger su privacidad y ocultar su origen.

No creo equivocarme al decir que todos estos factores explican por qué Madame Calderón de la Barca no firmó sus crónicas. Raúl también nos ofrece una interesante explicación de este “travestismo literario” (toma la expresión

de Octavio Paz) que llevó a Fanny Calderón a ocultar su identidad, al elegir a un joven diplomático alemán como cronista “ficticio” de sus aventuras por Madrid, aunque creo que todavía queda por averiguar por qué Fanny eligió a este personaje (que a mí me parece tan minúsculo) para narrar su estancia por ese Madrid revuelto que le tocó vivir.

CLAUDIA ALBARRÁN

Departamento Académico de Lenguas, ITAM